



## EL EXILIO DE LOS HERMANOS DE LA SALLE

Artículo-Reportaje por Andrés Valdespino

### PRIMERA ESCENA: DESPEDIDA EN SILENCIO

Aeropuerto Internacional “José Martí”, en Rancho Boyeros, Cuba. Jueves 25 de Mayo, 1961, 3:15 de la tarde. Una voz resuena a través de los amplificadores: “Atención señores pasajeros; dentro de breves momentos partirá con destino a Miami el avión de la Pan-American con vuelo extraordinario No. 2-422”.

Inmediatamente por una de la puertas de salida al campo de aterrizaje comienza a desfilarse hacia el avión un grupo singular de viajeros. Son más de un centenar. Todos van vestidos con la sotana negra y la pechera blanca característica de los Hermanos de las Escuelas Cristianas. Los hay de todas las edades. Algunos casi adolescentes, recién salidos del noviciado. Otros, en plena ancianidad.

Uno de ellos exhibe una patriarcal barba blanca. Otro es conducido al avión en una silla de ruedas; 84 son cubanos, 12 franceses, 8 mexicanos, 5 españoles, uno colombiano, 110 en total. Un espeso silencio domina la escena. Desde la terraza del edificio principal del Aeropuerto, cientos de personas – familiares y amigos de los viajeros – se agolpan tras la baranda para verlos marchar. Pero nadie habla. Antes de entrar en el avión, algún que otro Hermano saluda con la mano en alto. Desde la terraza se agitan pañuelos blancos en señal de despedida. Pero todo en silencio. Un enjambre de milicianos armados y agentes del G-2 merodea por los pasillos e invade la pista. Miradas amenazadoras envuelven a los viajeros y a quienes han ido a despedirlos.

Hay inquietud en el ambiente. ¿Los dejarán marchar, o aún impedirán la salida? No sería la primera vez que a un viajero, ya dentro del avión lo hicieran bajar reteniéndolo

por cualquier pretexto. Esta vez, sin embargo, el Régimen ha decidido “facilitar la salida” de este centenar de educadores. Incautados por el Gobierno todos sus colegios y centros de enseñanza, no hay ya función alguna en Cuba para los Hermanos de la Salle. Para el castrismo, mientras más pronto “se saliera” de ellos, mejor. Apenas el último de los religiosos entra en el avión, cerrada la puerta y retirada la escalerilla, comienzan a funcionar los motores, y a los pocos segundos despegla la poderosa nave aérea con destino a la ciudad floridiana.

Después de cincuenta y seis años dedicados a la enseñanza, los Hermanos de la Salle salen de Cuba, expulsados por el Régimen comunista de Fidel Castro. Detrás, en el Aeropuerto, quedan cientos de familiares y amigos, en silencio, agitando el aire los blancos pañuelos en señal de despedida, entre las torvas miradas de miliciados armados y agentes del G-2. Y más allá, en los pueblos y ciudades en que por espacio de medio siglo los Hermanos han levantado escuelas y formado varias generaciones de cubanos, queda una desoladora sensación de vacío espiritual, como si algo que ya formaba parte esencial de la Nación, se le hubiese arrancado de cuajo.



el re-encuentro entre los maestros expatriados y los alumnos que los habían precedido en el destierro...

#### SEGUNDA ESCENA: RE-ENCUENTRO EN MIAMI

Aeropuerto Internacional de Miami. El mismo día, 4:16 de la tarde. Una voz anuncia: “Acaba de aterrizar procedente de La Habana, el avión de la Pan-American con vuelo extraordinario, No. 2-422. Los pasajeros entrarán por la puerta Número 41”. Y hacia la puerta No. 41 se avelanza una ver dadera marejada humana. Arriman la escalerilla al avión. Se abre la puerta de éste, y comienzan a descender los viajeros. De pronto, desde la terraza superior

del edificio, miles de voces entonan el Himno Nacional de Cuba: “... que la Patria os contempla orgullosa... en cadenas vivir, es vivir en oprobios y afrentas sumidos...” Los Hermanos siguen descendiendo.

Y, cuando ya todos situados en el campo, al costado del avión, concluye el Himno Nacional, los miles de amigos y antiguos alumnos – muchos de ellos con el uniforme del Colegio en que cursaron sus estudios – comienzan a cantar el Himno de la Salle. Desde la terraza, banderas cubanas y lasallistas se despliegan al aire. Gritos de “Viva Cuba Libre”, “Vivan los Hermanos”, envuelven a los emocionados viajeros. Muchos de ellos no pueden contener las lágrimas. Pocos minutos después, se produce el encuentro – el re-encuentro, mejor – entre los maestros expatriados y los alumnos que los han precedido en el destierro. Manos amigas se extienden. Viejos y jóvenes se confunden en cordiales abrazos.



Del Aeropuerto los Hermanos son trasladados a un Hotel cercano. Al día siguiente en la Iglesia de Gesu, se celebra una Misa en su honor. El sacerdote oficiante, les recuerda desde el altar: “Hermanos, habeis sido perseguido por los enemigos de Cristo; sois, pues, los elegidos del Señor”. Esa misma tarde los hermanos franceses se embarcan para su país de origen – la Patria lejana que

muchos dejaron hace más de medio siglo, y a la que regresan ahora expulsados por el comunismo ateo de la Patria de adopción a la que dedicaron lo mejor de sus vidas. Sólo por espíritu de obediencia regresan a Francia. Su corazón está en esta parte del mundo. La vieja Europa es sólo un empolvado recuerdo. Uno de ellos, de 85 años de edad, exclama al partir: “Hasta el cielo, amigos, pues ya en esta tierra no volveremos a vernos”. Era su tercer destierro; había salido expulsado de Francia en 1904, de México en 1910, y ahora de Cuba. Dios había querido que al final de su vida, volviera a su Patria de origen.

Al día siguiente, dos grupos de Hermanos embarcan a México y Panamá. Un tercer grupo se dirige a Puerto Rico a fundar un nuevo Colegio de la Salle. Otros quedan en Miami en la organización de una escuela gratuita, por el encargo del Obispo de la Diócesis. En esta forma se distribuye por el mundo la comunidad de educadores de las Escuelas Cristianas que el comunismo ha arrojado de Cuba. Algunos de ellos – los más viejos – no volverán, seguramente, a suelo cubano. Pero los más esperan confiados el día del regreso. Y mientras éste llega, continúan en otras tierras la tarea de formación de juventudes a la que prometieron consagrar sus vidas cuando ellos mismos se consagraron a Dios.



## ESCENAS RETROSPECTIVAS: LOS DÍAS DE PERSECUCIÓN

La salida de Cuba constituía para los hijos de San Juan Bautista de la Salle el final de un afrentoso Calvario que había comenzado meses antes, llegando a su “climax” dramático en los días que siguieron a la malograda invasión del 17 de abril. En noviembre de 1960 comenzaron a circular hojas sueltas en distintos lugares de Cuba, atacando a los colegios católicos. En Guantánamo, Manzanillo y Santiago de Cuba, donde los Hermanos tenían centros de enseñanza, los insultos y amenazas eran constantes. Con el pretexto de la supuesta invasión esperada en enero de 1961, las milicias ocuparon todos los colegios privados. Los periódicos y revistas del Régimen – los únicos que podían circular libremente en Cuba comunista – iniciaron una feroz campaña contra los Hermanos de las Escuelas Cristianas. El nombre de “La Salle” era, para la propaganda castrista, sinónimo de “contrarevolución”.

Al conmemorarse el 11 de febrero la fundación de la Juventud Católica, en un acto en el



Colegio de los Hermanos en el Vedado, la fuerza pública rodeó el local impidiendo por varias horas la salida a los asistentes, entre los que se encontraba el Arzobispo de la Habana. El 7 de marzo, con motivo de un acto en el Colegio de la Salle en Santiago de Cuba, tuvieron lugar diversos incidentes, y la turba arengada y estimulada desde la calle a los

hermanos y sus alumnos.

En ese ambiente de tensión insostenible, se produjeron los infortunados acontecimientos del 17 de abril. Y la ola de terror que caracterizó la feroz represión gubernamental contra cientos de miles de ciudadanos llegó también - ¡como no había de llegar! - a los Hermanos de las Escuelas Cristianas, a lo largo de la República. De los ataques verbales se pasó a la violencia física. De la amenaza a la agresión. Del insulto a la humillación pública. Del asalto a los colegios, a la prisión de los educadores.

En Manzanillo las turbas uniformadas sacaron a empujones a los Hermanos del Colegio que allí atendían desde hacía largos años, y los “pasearon” en un jeep por la ciudad bajo las risotadas irreverentes y los insultos obscenos de la canalla fidelista. Llevados después a prisión, fueron encerrados en un calabozo oscuro y estrecho en el que mientras la mitad de ellos dormía en el suelo, la otra mitad tenía que pegarse a la pared para dejar espacio disponible. En Sancti Spiritus - una de las más antiguas y católicas ciudades de Cuba - la turba castrista se dirigió en masa al Colegio de la Salle demandando “paredón” para los religiosos. Advertidos del peligro, los Hermanos lograron escapar en traje civil con la ayuda de amigos generosos. Los superiores de la Comunidad en la Habana fueron trasladados al sombrío recinto del G-2, el tenebroso organismo represivo del Régimen, donde se les mantuvo hacinados en una habitación con doscientos prisioneros más, sin otro alimento que una cazuela de arroz con garbanzos que al cabo de 18 horas llevaron para todos los detenidos, y de la que tuvieron que servirse con sus propias manos.

Pero los más dolorosos - y también los más conmovedores - episodios en este Calvario lasallista, ocurrieron en el Colegio del Vedado, el más importante y antiguo de los centros educacionales de los Hermanos. A las pocas horas de la invasión, un grupo de agentes del G-2 se presentó en el Colegio, y con palabras amenazadoras e insolentes, reunió a los Hermanos en uno de los locales. “Ahora van a saber lo que es bueno”, vociferó uno de los agentes: “vagos, haraganes, que jamás han trabajado, ahora van a saber lo que es bueno”. Y a región seguido: “en primer lugar, quítense todos esos trapos

negros que llevan encima”. Despojados los Hermanos de sus sotanas – los trapos negros, como lo calificó el esbirro – fueron conducidos a punta de ametralladora, a la enfermería. Comenzó entonces la guerra psicológica. A cada momento entraba uno de los agentes amenazándolos con llevarlos al paredón. “Si todavía saben rezar, recen rápido,” les decían constantemente “porque dentro de poco todo se acaba para ustedes”. “Ahora vamos a registrar el Colegio, y si encontramos una sola pistola o un solo papel comprometedor, los fusilamos a todos”. “Sí suena una bomba en la ciudad, no dejamos a uno con vida”. “Si los mercenarios invasores avanzan, tenemos órdenes de matarlos a ustedes”. Y así a cada momento durante todo el día.

Pero la mayor preocupación de los Hermanos no era la muerte que pudieran hallar a manos de aquellos bárbaros, sino la profanación que éstos pudieran cometer en la persona del mismo Dios. Arriba, en la Capilla del Colegio, encerrado en el sagrario del Altar Mayor, un cáliz guardaba bajo la forma de Hostias Consagradas, el Cuerpos y la Sangre de Cristo. Era necesario evitar un sacrilegio por parte de aquellos impíos, de quienes podía esperarse cualquier cosa. Días más tarde se sabría cómo en una iglesia de Camagüey habían abierto el sagrario, regando las hostias por el suelo y bebiendo cerveza sobre el altar para festejar la profanación.

Uno de los Hermanos jóvenes decidió, aún a riesgo de su vida, intentar una acción que impidiera el sacrilegio. Cuando advirtió que estaba de guardia uno de los milicianos que se había mostrado respetuoso con ellos, le rogó que lo acompañara al baño, como le estaba permitido siempre que fueran en compañía de alguno de los agentes o miembros de la milicias. Ya fuera de la enfermería, el Hermano se dirigió a su acompañante: “No es al baño a donde quiero ir, sino a la Capilla”. Y ante el asombro del miliciano explicó: “Mira, allí, en el altar, tenemos guardados varios pedazos de pan que para nosotros tienen un gran valor. Lo único que quiero es poder llevar conmigo algunos de esos pedazos de pan a mis compañeros en la enfermería para repartírselos”. El miliciano opuso, en principio, cierto reparo. Si lo sorprendían podía costarle caro. Pero aún en los más endurecidos ambientes se encuentran almas generosas. Y el hombre, al fin accedió. Entraron ambos, a oscuras, en la Capilla. El Hermano se dirigió al Altar Mayor, se arrodilló ante el sagrario, lo abrió, extrajo el cáliz y tomando entre sus dedos las Hostias consagradas fue consumiendo una tras otra.

Luego, sacó del bolsillo un pañuelo, tomó las Hostias que quedaban en el cáliz, las envolvió cuidadosamente, cerró el sagrario y salió de la Capilla con el sorprendido miliciano. Aquella noche los Hermanos se dieron de comunión unos a otros, reproduciendo en el silencio de la enfermería, una escena semejante a la que muchos siglos atrás debieron haber sido frecuente entre los primeros cristianos de la Iglesia de las catacumbas. Después de comulgar en la misma forma los días sucesivos, quedó solo una Hostia, que acordaron conservar con ellos sin consumirla. Cuando se les comunicó que serían trasladados a La Cabaña – una de las más sórdidas prisiones militares de Cuba – uno de los Hermanos preguntó: “¿Y que haremos con la Sagrada Forma?” Y el mismo que la había bajado de la Capilla, respondió enseguida: “Llevarla a la Cabaña escondida en un pañuelo. Si nos llevan a la cárcel, el Señor irá con nosotros”. Así fue como, sin saberlo sus guardianes, Cristo también estuvo prisionero en las cárceles del comunismo cubano.

Pero, antes de ser trasladados a la prisión, aún habían los Hermanos de pasar por una de las más humillantes y ofensivas experiencias de la persecución religiosa en Cuba. Unos días antes del traslado, entró en la enfermería uno de los agentes del G-2. “Prepárense

ahora”, exclamó, “que van a oír Misa”. Los Hermanos quedaron estupefactos. ¿Oír Misa? ¿Sería posible que en el corazón de aquellos salvajes cupiera aún algún sentimiento religioso? Los Hermanos fueron, efectivamente, conducidos a la Capilla del Colegio. Pero, al entrar en ella, un insólito espectáculo se presentó a la vista. La amplia Capilla estaba llena de gente. ¿Qué significaba aquello? ¿Qué había ocurrido? Lo que había ocurrido no era difícil de explicar. Aquellos cientos de hombres sentados en los bancos del templo eran, como los Hermanos, prisioneros del Régimen. Durante los días que los religiosos estuvieron confinados a la enfermería, el G-2 convirtió los pisos superiores del edificio en prisión, llenándolos con muchos de los ciudadanos que cayeron en la ola de arrestos practicada por el castrismo a raíz de la fracasada invasión.

Pero había algo más en la Capilla. Sobre la mesa del Altar Mayor, frente al sagrario, habían instalado un televisor, desde cuya pantalla, profiriendo los peores insultos contra la Iglesia, el propio Fidel Castro se dirigía al pueblo en una de sus insolentes peroratas. En un insólito acto de profanación al sagrado recinto, aquellos cientos de hombres, entre ellos varios Hermanos de las Escuelas Cristianas, eran sometidos al tormento moral de escuchar desde el altar, entre las imágenes veneradas por el catolicismo y al pie de la Cruz de Cristo, las injurias, blasfemias y calumnias lanzadas contra la Iglesia por aquel diabólico renegado.

De la enfermería del Colegio fueron trasladados los Hermanos a La Cabaña. Allí, acinados en una galera con más de doscientos prisioneros, teniendo que comer con la mano, turnándose para poder dormir, sometidos a los vejámenes y amenazas de los agentes del Régimen, permanecieron otra semana. Cuando al cabo de ellas fueron puestos en libertad, de todas las galeras vecinas salieron gritos de, “Vivan los Hermanos de la Salle!” Los prisioneros con quienes habían convivido durante aquellos días despedían a los religiosos lasallistas con ostensible manifestaciones de simpatía. Y las amenazas de los agentes del “orden” procurando acallar aquellas voces amigas, resultaron impotentes para impedir el espontáneo homenaje de los que quedaban en la cárcel, a los Hermanos que salían de ella.

Pero para los hijos de San Juan Bautista de la Salle había terminado solo el Calvario físico, no el Calvario moral. Unos día más tarde, Fidel Castro anunciaba la nacionalización de todos los colegios católicos. En la misma madrugada del anuncio, las fuerzas represivas ocupaban los centros de enseñanza de los Hermanos en toda la República. Y con cinismo extremo, el comunismo daba a esos centros de enseñanza los nombres de jóvenes católicos que habían caído en la lucha contra la tiranía de Batista. En Santiago de Cuba, por ejemplo, el Régimen titulaba al Colegio de la Salle nacionalizado, “Centro Escolar Luis Morales Mustelier”. Luis Morales Mustelier era uno de los dirigentes católicos asesinados por el batistato al fracasar la huelga de abril de 1958. Había muerto por uno de los ideales traicionados más tarde por el Régimen comunista de Castro. Y unos de sus hermanos era, al momento de la nacionalización de las escuelas privadas, el Director del Colegio del que ese Régimen comunista se había apoderado a la fuerza.

#### ESCENA FINAL: DESPUÉS DE MEDIO SIGLO

Incautados sus Colegios por el Régimen, los Hermanos recibieron órdenes superiores de esconderse en casas particulares hasta que llegara el momento de salir de Cuba. Fidel había declarado que muchos religiosos se incorporaron a la obra “de la Revolución” y tareas “educacionales” del Régimen. Pero el día señalado para la partida, ni uno sólo de

los Hermanos de las Escuelas Cristianas faltó a la cita. Ni una sola desertión se registró en las filas lasallistas. Los hijos de San Juan Bautista habían sido, hasta el final, fieles a su vocación.... y a su Patria. Porque la Cuba que dejaban atrás era para unos Patria de origen y para otros Patria de adopción. Pero Patria para todos. A ella habían llegado los primeros Hermanos en 1905. Hacía cincuenta y seis años La República estaba recién fundada. Y la obra de los Hermanos nació, creció y se desarrolló con la República. Nada de extraño tenía que el eclipse de la vida republicana bajo la dominación comunista, fuera también un eclipse para la obra de los Hermanos. Pero todos confiaban en que fuera solo un eclipse parcial.

Esos hombres que el comunismo arrojaba de Cuba, no habían cometido otro delito que sevirle con amor y generosidad durante más de medio siglo. En sus aulas se habían educado varias generaciones de cubanos de todas las razas y clases sociales: el negro como el blanco, el hijo del industrial como el hijo del obrero. Los Hermanos habían fundado en Cuba una Universidad – La “Universidad Social San Juan Bautista – y once escuelas: dos en Santiago de Cuba, una en Guantánamo, una en Manzanillo, una en Sancti Spíritus, una en Miramar, una en Marianao, una en Palatino, una en el Centro Cívico de la Habana, una en Santa María del Rosario, una en el Vedado. De ellas, tres – una de las de Santiago de Cuba, la de Palatino y la de Santa María del Rosario – eran completamente gratuitas. En las demás, la tercera parte de los alumnos eran becados. En sus aulas convivían pobres y ricos sin que nadie supiera quien pagaba y quien no.

“Los que se van de Cuba son los curas españoles falangistas”, había rezongado el Gran Farsante. Pero de los 110 Hermanos forzados a salir de la Isla, el 80% eran cubanos. Y en los últimos tiempos los cargos de más responsabilidad de la Comunidad estaban desempeñados por cubanos nativos.

Los Hermanos franceses que llegaron a Cuba en 1905 trajeron a la joven República el inmortal espíritu de libertad de la vieja Francia. A los alumnos de la Salle se les enseñaba a cantar, con fervoroso espíritu patriótico, el Himno Nacional de Cuba. Pero también aprendían las estrofas marciales y vibrantes de “La Marsellesa”.

El lema lasallista es, “Dios, Patria, Hogar”. Y de las aulas de los Hermanos, durante más de medio siglo, salieron legiones de cristianos integrales, y numerosos patriotas que durante las luchas contra las tiranías que ha padecido nuestro pueblo llegaron a dar sus vidas por la causa de la libertad de Cuba.

Esa fue la tarea, durante cincuenta y seis años, de los Hermanos de las Escuelas Cristianas en nuestra Patria. Como premio, el comunismo les arrebató sus escuelas y los arrojaba del país. Pero lo que no podía hacer el comunismo era arrancar la semilla que los Hermanos habían sembrado: La semilla de los principios cristianos y de los sentimientos patrióticos. De esa semilla habían brotado varias generaciones de cubanos creyentes en los valores del espíritu y defensores de los ideales de libertad. Los Hermanos se iban. Pero su obra quedaba. Detrás de ellos dejaban un pueblo oprimido. Pero también a un pueblo cristiano. En ese pueblo que ellos habían contribuido a formar, el comunismo ateo no ha de prevalecer. Algun día – y no muy lejano – Cuba podrá de nuevo rezar libremente a Dios. Pero mientras tanto, los Hermanos de las Escuelas Cristianas continuarán sus tareas apostólicas en otras tierras de América. Lejos de la Patria exclavizada. Esperando la hora del regreso.

---

